

La Bienal en Polvo

Maldito Menéndez

En la Cuba castrista, cuando algo le sale muy caro al gobierno o no le conviene políticamente, lo hacen polvo; como hicieron, por ejemplo, con la leche y con Virgilio Piñera. Ahora también tendremos bienal en polvo, porque el arte se ha vuelto demasiado problemático para la dictadura.

Las bienales son ferias de arte que se celebran cada dos años con el propósito de promover el comercio artístico, la cultura, los negocios y el turismo de sus ciudades sedes; requisitos y condiciones que no se daban cuando se fundó la Bienal de La Habana, a principios de los años 80; teniendo en cuenta que, en esa época, en Cuba estaban prohibidos los negocios privados, los espacios independientes, la tenencia de divisas extranjeras, el turismo y los viajes al exterior, entre otras muchas cosas. No quedaban escuelas, museos ni galerías de arte sin intervenir y controlar por el gobierno desde los inicios de la revolución, en los 60. La vida artística cubana se concentraba en La Habana -la vidriera, de aparente vitalidad cultural del castrismo hacia el mundo, que por décadas ha ocultado el páramo que es el resto de la isla bajo su régimen- y se limitaba a eventos organizados por la UNEAC, concursos patrocinados por el MINFAR y exposiciones en casas de cultura municipales, el taller de grabado de la Catedral y las escuelas de arte. La única forma que tenían los artistas e intelectuales cubanos de viajar a otros países -comunistas, principalmente- era en una delegación oficial, estrechamente vigilados por agentes de la Seguridad, para que no sucumbieran a las tentaciones capitalistas y decidieran quedarse. Tampoco tenían contacto con artistas extranjeros, ni información sobre la actualidad cultural del resto del mundo, ni podían

vender sus obras libremente y, para ganarse la vida, estaban obligados a trabajar para el gobierno como profesores, ilustradores, diseñadores, rotulistas, impresores gráficos y funcionarios de cultura.

¿Qué sentido podía tener una bienal de arte sin libertad de expresión, ni mercado o espacios independientes en su ciudad sede?

En realidad, la Bienal de La Habana fue un proyecto oficial, surgido aún durante la Guerra Fría, con el camuflado objetivo de penetrar Occidente a través del mercado artístico y del mundo cultural y académico de sus países capitalistas; empleando el exotismo del Tercer Mundo y el morbo de la revolución como cebo y ariete. La selección de artistas, curadores, críticos y periodistas, nacionales y extranjeros, a participar y trabajar en el evento y hasta los premios que otorgaba la Bienal, estaban supeditados a ese objetivo. De cara al mundo, la bienal vendió la imagen de una Cuba floreciente en el terreno del arte y la educación a la sombra del castrismo, pero al mismo tiempo y discretamente, facilitó el contacto y posterior clientelismo del régimen con instituciones y personalidades culturales y políticas de izquierda de todo el planeta, para apuntalar su leyenda y extender su censura y subversiva influencia sobre el mismo.

Décadas más tarde y en un nuevo siglo, instituciones como la Bienal de Habana y el ICAIC caen en desgracia y su extinción deja secuelas absurdas que aún coleean en la cultura cubana, como la #Bienal00. Los artistas y galeristas independientes cubanos que hacían su zafra durante la Bienal de La Habana, como premio por quedarse tras el masivo y conveniente éxodo de artistas que ocurrió a principios de los años 90, ven ahora la prosperidad de su cuentapropismo en el pico del aura y deciden organizar una contra-

bienal para protestar por la cancelación de la Bienal de La Habana de este año; no por más nada.

¿Qué sentido puede tener una contra-bienal cubana que no se cuestiona el sinsentido de una feria comercial de arte en un país comunista?

La Bienal de La Habana nunca fue una verdadera bienal; no sólo porque a veces se celebraba cada tres o cuatro años; sino porque no existía libertad de expresión, ni mercado artístico independiente en Cuba cuando se creó. La Bienal 00 tampoco es una verdadera bienal; no sólo porque siga sin existir libertad de expresión, ni de mercado en Cuba o porque no incluya artistas del exilio prohibidos por la dictadura; sino porque no cumple con las características técnicas de esa clase de eventos. Galerías independientes de otros países no podrán rentar stands para exhibir la obra de sus artistas en la Bienal 00 porque no tuvo convocatoria legal, ni posee la infraestructura, ni los medios adecuados para llevar a cabo un congreso de esa envergadura. Es loable y jodedor el gesto del Chino Reynier Leyva Novo de convertir el dinero del estado que cancela la bienal en financiación para la anti-bienal, pero 3800 CUC no bastan para hacer una bienal. Con esos recursos sólo se puede hacer una pequeña feria intramuros, para recuperar el circuito de guagüitas cargadas de turistas que, hasta hace poco, alimentaba a un puñado de espacios y estudios de la capital, en tiempos de Bienal.

Tal vez la 00 Bienal sea el principio del nacimiento de un sindicato cultural independiente en la isla y, tal vez, algunos de los artistas involucrados tengan gestos individuales acertados en la misma, pero, como bienal artística, no es una verdadera bienal y como protesta, tampoco; porque en sus presupuestos no hay rastros de crítica política; sólo de reforma o

revisión. Sus organizadores se declaran independientes y rebeldes pero de izquierda, y hablan de errores cometidos por la revolu, pero no la cuestionan -como el esclavo que insinúa que su amo es injusto, pero no concibe o se atreve a condenar la esclavitud- y los críticos y curadores que la apoyan, como Gerardo Mosquera, son las mismas marionetas que antes hacían la bienal oficial.

La diferencia entre la bienal original y la 00 es que, la primera era financiada y censurada por el régimen y la segunda se financia con los recursos de los participantes. Qué sea más pobre y pequeña que la oficial no la hace más independiente, sino más fácil de monitorear por los agentes del gobierno, que no permitirán que se convierta en foco de oposición política.

Será una bienal en polvo. Los artistas colarán algunas críticas cosméticas en sus obras, para darles ese sabor a prohibido que buscan los turistas y que los curadores de la isla saben vender tan bien; pero el pueblo cubano, cuyo salario medio es de 30 dólares, seguirá sin poder adquirirlas.